

lexis

Vol. XXXIII (I) 2009

revista de lingüística y literatura

DEPARTAMENTO
DE HUMANIDADES



FONDO
EDITORIAL

CERRÓN-PALOMINO, Rodolfo. *Voces del Ande. Ensayos sobre onomástica andina*. Lima: PUCP, 2008, 412 pp.

Voces del Ande. Ensayos sobre onomástica andina reúne artículos que Rodolfo Cerrón-Palomino ha venido publicando desde inicios de la década del 2000, todos ellos inscritos en el terreno de la investigación filológica y etimológica de nuestras lenguas andinas mayores, el quechua y el aimara. Dividido en dos partes, el volumen incluye, en la primera, estudios sobre “léxico cultural e institucional”, la mayor parte de ellos publicados previamente en el *Boletín de la Academia Peruana de la Lengua (BAPL)*, y, en la segunda, trabajos acerca de la toponimia de ambos idiomas (“toponimia quechumara”) y sobre diversos términos geográficos de interés interdisciplinario, como los clasificadores de los ceques. Estos últimos estudios han sido, en su mayoría, publicados anteriormente en *Lexis*.¹ Después de presentar la lista de signos y de abreviaturas, el libro se abre con una presentación en la que el autor expone los intereses que han guiado el conjunto, y se cierra con un índice de términos y con un listado bibliográfico general.

El cuerpo de la obra reúne veintitrés artículos que, pese a su actualidad —todos son posteriores al 2000—, permanecían dispersos en distintos volúmenes de las revistas mencionadas, no obstante su evidente unidad temática. A todos estos textos, declara el autor en la presentación, subyace un conjunto de hipótesis centrales; a saber: la idea de que en la creación de la onomástica andina han intervenido diferentes matrices lingüísticas, de las cuales apenas sobreviven actualmente el quechua y el aimara; la oposición tajante ante la hipótesis de que el quechua es la lengua por antonomasia del antiguo Perú; y la refutación del supuesto origen cuzqueño del quechua. En

¹ Además de *Lexis* y el *BAPL*, uno de los artículos ha sido publicado en el volumen I de *El hombre y los Andes: homenaje a Franklin Pease G. Y.* (Flores Espinoza y Varón Gabai 2002) y otro en *Revista Histórica*. Asimismo, uno de los artículos constituye una reelaboración y actualización de un fragmento de *Lingüística quechua* (Cerrón-Palomino 1987).

cambio, a cada paso se advierte el planteamiento de que el aimara se asentó en el territorio andino antes que el quechua, y se ofrecen evidencias que apuntan a sostener que los incas históricos debieron de tener en este idioma su lengua materna.

El horizonte hacia el cual apuntan dichas hipótesis consiste en argumentar a favor de una reescritura de nuestra historia, “hasta ahora llena de mitos y distorsiones, empleando esta vez la lingüística y la filología como herramientas heurísticas en el develamiento del pasado andino”, afirma el autor (11). A pesar de que Cerrón-Palomino trabaja desde la lingüística histórica andina, con los instrumentos de la reconstrucción comparativa, la filología y la etimología, hay, a lo largo del volumen, una constante referencia a planteamientos de disciplinas conexas, especialmente de la arqueología y la etnohistoria de los Andes. No podría ser de otro modo, cuando, entre las fuentes en que se fundamentan los argumentos de *Voces del Ande*, ocupan un lugar central las crónicas coloniales, además de las gramáticas y léxicos históricos, y los repositorios de toponimia peruana elaborados en el siglo XIX.

La primera parte del libro se abre con dos artículos que contienen propuestas etimológicas sobre las palabras *aimara* y *quechua*. El primer caso lo desarrollaremos posteriormente; en cuanto al segundo, se reafirma y profundiza la idea presentada en *Lingüística quechua* (1987: 31-37), que fija como étimo **qitrwa* ‘zona templada’, opuesto por igual a *puna* o *sallqa* y *yunga*. El término geográfico habría pasado a denominar al grupo étnico de los “quichos”, mencionados por las crónicas del siglo XVI, para terminar nombrando a la lengua. Manteniendo en lo esencial la propuesta de 1987, el artículo hilvana de manera más detenida los pasos propuestos para la consolidación del nombre. Posteriormente, se integran artículos sobre *amauta*, *tucuyricoc*, *yanacona* y *tocapu*, todos ellos términos asociados con la institucionalidad y la parafernalia incaica. En el primer caso, se propone el étimo aimara **amawt’a*; en el segundo, se defiende como base primigenia <tocticoc>, también “de posible origen aimaraico”, descartándose la opción <tucuyricoc>, de cuño garcilasiano, por “artificial y postiza” (73); para *yanacona*, se postula

una síncopa de la forma **yanayakukuna*, expresión que haría alusión a “los confabulados de Yanayacu” (87), indultados por Túpac Inca Yupanqui, según registro de Cabello Valboa, en la localidad de este nombre, cercana a Huamanga; y en cuanto a *tocapu*, se propone la base aimara *tuqa* ‘silo/hacer silos’, raíz que habría sido quechui-zada, entre otros procedimientos, mediante el sufijo nominalizador *-pu*, hasta terminar significando ‘eximio’.

Además, se estudian en esta primera parte las “biografías lingüísticas” de los términos *apacheta*, *soroché* y *surumpe*. Para el primero, se propone un “tema verbal quechumara” (94) *apachi-*, seguido de la marca de participio aimara *-ta*, con lo que se tendría un étimo cercano a ‘aquello que es encargado’. Para *soroché*, se postula la base *suru-* ‘deslizar’, proveniente del quechua central **suĉu-*, que habría pasado por una derretroflexión de la consonante africada, debido a la pronunciación de grupos aimarahablantes centrosureños en proceso de adopción del quechua. En cuanto a *surumpe*, se establece como étimo **suru-q+humpi* ‘sudor que mana’, con haplogía; es decir, reducción y fusión de sílabas similares. Finalmente, se incluyen, tres palabras inscritas en el campo de la alimentación: *jora*, *calapurca* y *chirimoya*. Sobre la primera, vinculada a la preparación de la chicha, se postula un cambio metonímico desde *shura* ‘variedad de paja’ hacia *shura* ‘maíz germinado (con ayuda de esta paja)’, y se explica que, por la evolución fonética de la sibilante palatal del castellano, el signo habría devenido, ya prestado en este último idioma, en *jora*. En cuanto a *calapurca*, se propone el étimo aimara **qala phurka*, literalmente ‘guiso preparado con piedras ardientes’, y se rechazan, desde un punto de vista normativo, la forma metatizada *carapulca*, “variante mayoritariamente empleada por nuestros lexicógrafos de ayer y hoy” (150) y, más aún, *carapulcra*, variante que el autor califica de “aberrante” y “huachafa” (151).² Sobre *chirimoya*, se propone un complejo camino que se remonta al aimara

² Los calificativos pueden parecer excesivos por puristas, si se toman en cuenta la frecuencia de uso y el carácter opaco que ha cobrado la variante *carapulcra* en el castellano peruano moderno. Se debe aceptar, sin embargo, que, en algunas regiones del país, probablemente aún se usa la forma defendida por el autor. En Agallpampa,

chhiri ‘ensortijado, crespo’ y a *muyu*, variante norteña de la palabra quechua *muhu* ‘semilla’, pasando por una influencia semántica del mochica; de esta forma, el nombre de la fruta terminaría significando, etimológicamente, ‘fruta encrespada’.

La segunda parte presenta, en primer lugar, un artículo dedicado a examinar los topónimos *Canta*, *Candarave*, *Huaro chirí* e *Ichma* (“La naturaleza probatoria del cambio lingüístico: a propósito de la interpretación toponímica andina”), cuyo estudio refleja el carácter de “palimpsesto” que guardan entre sí el quechua y el aimara, lenguas que muestran una milenaria remodelación y convergencia mutuas. Asimismo, se estudian los usos arcaicos de los sufijos agentivos *-q* y *-ri*, del quechua y del aimara, respectivamente, en topónimos como *Carhuac*, *Mayoc*, para el primer caso, y *Pumiri* y *Ampaturi*, para el segundo, así como el predominio que cobró desde fines del siglo XV hasta mediados del XVI el posesivo aimara *-ni*, como en *Collpani* y *Queñuani*, frente al *-yuq* del quechua, como en *Tarcayoj* y *Jarquitayoj*. El examen sugiere que, en siglos anteriores, el aimara y el quechua se valían de procedimientos derivativos que hoy resultan obsoletos, e ilustra de manera interesante el potencial que encierra la onomástica como fuente para el estudio del pasado andino (“La toponimia como fuente de usos gramaticales arcaicos y como registro cronológico de mudanzas idiomáticas”). También se dedican artículos a un conjunto de antiguos sufijos toponímicos aimaras: *-y*, *-n* y *-ra*, como en *Lachay*, *Parián* y *Huaytará*, respectivamente (“Morfemas arcaicos en la toponimia centro-andina: los sufijos *-y*, *-n* y *-ra*”) y a los antiguos sufijos quechuas **-s* y *-nqa*, como en *Áncash* y *Huamanga*, respectivamente (“Sufijos arcaicos quechuas en la toponimia andina: los morfemas **-s* y *-nqa*”).³

Otuzco, La Libertad, los ancianos recuerdan que a la sopa de papa seca (*cocopa*) se la llamaba antiguamente *calapurque*.

³ En este último artículo, señalo discrepancias en dos de las etimologías propuestas: en primer término, *Tayanca* (Omas, Huamachuco) se interpreta a partir de la base verbal quechua *taya-* ‘sentarse’ (215), pero sabemos que en la sierra norte, donde se ubica la mencionada localidad, *taya* es el nombre de la tara (*Caesalpinia spinosa*), lo cual genera una base más natural para el topónimo, también observable en *Tayabamba* (Pataz, La Libertad), ‘llanura de árboles de tara’. En segundo lugar,

Asimismo, se incluye, en esta segunda parte, un artículo dedicado a la antigua oposición *hanan* y *rurin* ~ *lurin*, distinción que recibe una sutil relectura, tanto en lo formal como en lo semántico, a partir de la consideración atenta de las concepciones geográficas tradicionales en los Andes (“*Hurin*: un espejismo léxico opuesto a *hanan*”). Se presenta también un estudio sobre los términos *Collana*, *Payan* y *Cayao*, observables de manera recurrente en los nombres de los ceques, aquellas líneas imaginarias que, desde el Coricancha, en el Cuzco, se extendían hacia los cuatro suyos del imperio (“*Collana*, *Payan* y *Cayao*: los clasificadores de los ceques”). Un estudio ya clásico sobre el origen del nombre del Cuzco continúa la segunda parte (“Cuzco: la piedra donde se posó la lechuza. Historia de un nombre”), que prosigue con el tratamiento de *Ollantay*, nombre para el que se propone el étimo aimara **ulla-nta-wi* ‘lugar desde donde se ve de arriba hacia abajo’ (“Ollantay: de topónimo a antropónimo”), y con un estudio dedicado a *Lima*, topónimo para el que se postula el étimo quechua aimarizado **limaq* ‘el que habla’ (“Lima: oráculo antes que río hablador”). Cierran el conjunto sendos exámenes de los procedimientos etimológicos de Garcilaso y Murúa. El primero (“Las etimologías toponímicas del Inca Garcilaso”) demuestra el sesgo a favor del quechua cuzqueño que se puede observar en las interpretaciones formuladas por el cronista mestizo, mientras que el segundo (“Murúa y sus etimologías toponímicas”), además de ofrecer una tipología de los procedimientos de interpretación seguidos por el historiador mercedario, presenta secciones específicamente dedicadas a *Huancavelica*, *Choclococha*, *Mana Huañunca*, *Huánuco*, *Ica*, *Camaná*, *Arequipa*, *Huamanga*, *Huarco*, *Rímac*, *Apurímac*, *Chuquiapu*, *Chuquisaca*, *Quito* y *Potosí*.

<Sivingani> (Mizque) se interpreta como ‘(lugar) con sitio circulante’ (223), cuando una base ya lexicalizada, el nombre de la planta *siwinqa* ‘cortadera’ (probablemente, *Cortaderia Stapfl.*, una gramínea), habría dado lugar a una etimología más sencilla: ‘lugar con cortaderas’. Para *taya* como variante regional de *tara*, hemos recurrido a nuestro trabajo de campo en la sierra liberteña, y a Soukup (1970); para *siwinqa*, Büttner y Condori (1984).

Los lectores habituales de Cerrón-Palomino reconocerán en este libro antiguas preocupaciones y, al mismo tiempo, nuevos desarrollos de esos viejos intereses. *Voces del Ande* puede ser visto como un balance de planteamientos que se remontan por lo menos a hace tres décadas,⁴ pero estas viejas preocupaciones se encuentran engarzadas con ampliaciones recientes que complejizan y afinan las hipótesis iniciales. Por ejemplo, “Aimara”, el texto que abre el volumen, dedicado a la etimología del nombre de la lengua, profundiza el tratamiento de esta palabra que el autor presentó en el año 2000, en *Lingüística aimara* (Cerrón-Palomino 2000: 34-37). En este volumen, todavía no se franqueaba el límite impuesto por el aislamiento de la raíz *ayma-* respecto del sufijo abundancial *-ra*, glosado como ‘lugar donde abunda (lo que dice la raíz)’, sino que solo se aventuraba, en una extensa nota a pie de página, la idea de que esta raíz podía constituir el nombre de una planta, a juzgar por los elementos con los que aparecía combinada en el corpus de topónimos disponibles; por ejemplo, *Aymas*, *Aymapata* y *Aymaputuncu*. En esta ocasión, guiado por una advertencia de Ludovico Bertonio, quien recomendaba, en 1603, tomar en cuenta la alternancia de las palabras iniciadas con la vocal /a/ y sus formas aspiradas, con /h/, como en el par *anan-banan*, Cerrón-Palomino encuentra la pista del hilo etimológico de *ayma* en *hayma* ‘chacra de principal o chacra de la comunidad’.⁵ *Aymara* puede interpretarse, así, ahora, como ‘lugar donde abundan las chacras de principales o comunitarias’, étimo originario que luego se habría difundido como nombre del grupo étnico asentado en parte de lo que es hoy territorio apurimeño y, posteriormente, se habría aplicado a la lengua que estas poblaciones hablaban. No estaba lejos el autor en el 2000, con la idea del fitónimo, de la que ahora

⁴ El texto sobre toponimia más antiguo que conozco del autor data de 1976: “Notas para un estudio científico de la toponimia quechua”.

⁵ “Haymatha: Ir a trauajar en las chacaras que se hazen de comunidad como son las del Cacique, Fiscal, o de los pobres, &c.”; “Hayma apu. Chacara assi de comunidad” Bertonio ([1612] 1984).

puede formular como una propuesta más acabada que reafirma el significado eminentemente agrario de esta raíz.⁶

En la segunda parte del libro, encontramos otro ejemplo del carácter dinámico del pensamiento del autor. Hace aproximadamente siete años, cuando Cerrón-Palomino presentó oralmente la primera versión del texto que ahora aparece titulado “Morfemas aimaras arcaicos en la toponimia centro-andina: los sufijos *-y*, *-n* y *-ra*”, ya se encontraba consolidando una hipótesis sobre los nombres que muestran el sufijo posesor aimara *-ni*, en casos como *Matarani* y *Huancané*. Sin embargo, en ese momento, no se encontraba una explicación satisfactoria sobre la frecuencia de topónimos andinos con acentuación aguda, como *Oyón* y *Macarán*. La idea ya aparece, ahora, delineada con claridad en *Voces del Ande*. “En efecto, la naturaleza aguda de nombres como Huancán, Oyón, Canchán, etcétera, [...] refleja la pérdida de la vocal final” del sufijo *-ni*, en el caso de *Oyón* y *Macarán*; es decir, denuncia su origen aimara (202). Los ejemplos dan cuenta, pues, de un pensamiento en paulatina complejización, en un proceso que corre desde la década de 1970, concentrado entonces en la toponimia del quechua, especialmente la del Valle del Mantaro, hasta los trabajos más recientes, que se benefician del estudio comparativo de diferentes variedades de los idiomas andinos, ya no solo del quechua sino también del aimara, reivindicada ahora como lengua de los incas históricos y también como el antiguo idioma practicado de manera general en territorio centroandino, en tiempos previos a la expansión del quechua.

En la medida en que este pensamiento está en constante pregunta y evolución, podemos avizorar que los próximos desarrollos del autor estarán atentos a los datos que nos brindan otras lenguas andinas, como el chipaya y la reconstrucción del puquina. En ese sentido, varias de las ideas presentadas en *Voces del Ande* ganarán en precisión y otras se reorientarán inevitablemente, conservando,

⁶ Nótese, sin embargo, que en “Morfemas arcaicos en la toponimia centro-andina: los sufijos *-y*, *-n* y *-ra*”, artículo incluido en *Voces del Ande*, todavía se mantiene la reserva en torno al significado de la raíz: “[H]asta ahora no sabemos el significado de *ayma*, que seguramente hacía referencia a un elemento del reino vegetal” (206).

sin embargo, las preocupaciones centrales que el propio autor resume en el prólogo. Tal vez la noción misma de “quechumara” podrá revisarse en el futuro para otorgarle mayor precisión, pues ahora parece tener por lo menos tres sentidos distintos: en primer lugar, ‘quechua y aimara’, como en la expresión “toponimia quechumara”, donde parece estarse haciendo referencia a la pareja de lenguas por separado, aunque como entidades idiomáticas en permanente contacto y convergencia; en segundo término, ‘común al quechua y al aimara’, como cuando se alude a raíces que integran los léxicos de ambos idiomas (por ejemplo, *apa-* ‘llevar’); y, en tercer lugar, ‘gestado mediante el intercambio sucesivo entre el quechua y el aimara’, como en el caso de *apachita*, palabra que muestra una raíz verbal común a ambas lenguas, seguida del sufijo derivativo verbal quechua *-chi* y concluida por el participial aimara *-ta*.

Concluyo esta reseña con dos alcances de carácter editorial. El primero se refiere al subtítulo *Ensayos sobre onomástica andina*. Como hemos visto, la primera sección se dedica a palabras culturales como nombres de lenguas y términos culinarios e institucionales. Sin embargo, la categoría de *onomástica*, referida al estudio de los nombres propios, sean geográficos o personales, no termina de abarcar este vocabulario. De este modo, tal vez una opción más integradora hubiera sido *filología* o *etimología*, ejes disciplinarios que, sin duda, entrecruzan ambas secciones. *Ensayos de etimología andina* o *de filología andina* como subtítulos hubieran hecho justicia, con más precisión, a las preocupaciones generales del volumen y hubieran destacado el valor heurístico que posee, para el develamiento del pasado andino, la etimología, esa antigua ciencia de “discretos y juiciosos” en la que “conviene ir con tiento”, como reza la frase de Bernardo de Aldrete citada como epígrafe general.

Esa antigua ciencia se encuentra hoy venida a menos, y no solo en nuestro medio sino incluso en la mata misma de la lexicografía española, como puede comprobarse cuando el *Diccionario de la Lengua Española* de la RAE (2001) le asigna “origen inca” a *porro* ‘cigarrillo de marihuana o de hachís’, y esta falsa pista —derivada de una mala lectura de la abreviación “de or. inc.” (‘de origen

incierto')— es seguida acriticamente por la nueva edición del *Diccionario de uso del español* de María Moliner (2007). En este contexto, *Voces del Ande* puede entenderse como un esfuerzo por levantar a la etimología de ese lugar debilitado, y lo hace en un medio como el peruano, con el fin de comprender la estructura de nuestras lenguas indígenas mayores, así como las culturas y sociedades que las crearon. Con el riesgo de simplificar en exceso, este esfuerzo podría resumirse como un mensaje de dos vías: una intradisciplinaria y otra extradisciplinaria. En cuanto a lo primero, el libro nos recuerda a los lingüistas interesados en el ámbito andino la importancia y complejidad de este sector de nuestro ámbito de acción, la etimología, y el valor del examen documental preciso, tomando en cuenta la historia de las lenguas andinas, para interpretar en su justa medida los términos estudiados. En cuanto a lo segundo, el libro afirma, de cara a las disciplinas conexas —como la antropología, la arqueología y la etnohistoria—, por un lado, el importante valor que ellas tienen como fuentes de apoyo para la interpretación histórica de los términos andinos y, por otro, el lugar central que le compete a la lingüística en la tarea de desentrañar el significado originario de los vocablos quechuas y aimaras que nos interesan.

Un segundo alcance se relaciona con el índice de topónimos presentado al final del volumen. Dicho índice fue inicialmente planteado por el autor del siguiente modo: cada entrada hacía referencia no a una página específica, sino que indicaba la parte del libro en que se ubicaba el término, el número del artículo dentro de ese conjunto y, finalmente, el número de sección o subsección pertinente. La opción resultaba comprensible en un momento en que la diagramación aun no estaba plasmada, pero el problema reside en que esta es la alternativa que finalmente se presenta en el libro. De este modo, si el lector quiere ubicar *Sivigani*, tiene la siguiente indicación cuando se remite al índice: parte II, artículo 4, subsección 2. El sistema, que de por sí es complejo y que hubiera sido necesario reemplazar por una simple remisión a la página definitiva después de efectuada la diagramación, ha sido complicado aún más durante el proceso de edición, porque se les ha suprimido a todos los artículos el número

que inicialmente distinguía su orden dentro de cada parte, dejando solamente el título. Esto obliga a que, si el lector quiere encontrar un término a partir del índice de voces, deba remitirse primero al índice general, identificar a qué artículo le corresponde el número indicado y, recién entonces, dirigirse al artículo materia de la conjetura para ubicar la palabra de interés. Esto hace de la búsqueda una tarea de cuatro pasos, en lugar de dos, como sucede normalmente. Dicho problema también atañe a las referencias internas a capítulos del libro, porque estas remisiones siguen el mismo sistema numérico del índice final.⁷

Estos detalles formales, sin embargo, no desmerecen de ningún modo el valor de este importante libro, pero ayudan a mostrar, justamente, que la calidad y consistencia de un trabajo como el que nos suele entregar el autor obliga a editores, pero también a nosotros, sus colegas y estudiantes, a doblar esfuerzos para estar, dentro de nuestro propio ámbito de acción, a la altura del material académico que se nos presenta. Después de todo, parafraseando a Bernardo de Aldrete, no solo en las etimologías y derivaciones, sino también en los trabajos paralelos de apoyo al especialista, “conviene ir con tiento”.

Luis Andrade
Pontificia Universidad Católica del Perú

⁷ Aparte de estos problemas, el volumen muestra también las siguientes erratas, que se podrían subsanar en una edición futura: “dividas” por “divididas” (31), “post-velar” por “posvelar” o “postvelar” (39), “Apurimac” por “Apurímac” (45), “habitat” por “hábitat” (46), “Angel” por “Ángel” (131), “la *lagua* todavía se la prepara en el campo andino” por “la *lagua* todavía se prepara en el campo andino” (148, nota 12), “vigésimosegunda” por “vigesimosegunda” o “vigésima segunda” (151, nota 17), “Silva Santisteban 1985” por “Silva Santisteban 1983” (239, nota 15), “guamanguina” por “huamanguina” (219, nota 8) y la partición del segundo apellido de Toribio Mejía Xesspe como “Xes-spe” en vez de “Xess-pe” (134).

Bibliografía

BERTONIO, Ludovico

[1612] 1984 *Vocabulario de la lengua aymara*. Cochabamba: CERES.

BÜTTNER, Thomas y Dionisio CONDORI

1984 *Diccionario aymara-castellano. Arukanan liwru: Aymara-kastillanu*. Puno: Proyecto Experimental de Educación Bilingüe.

CERRÓN-PALOMINO, Rodolfo

1976 “Notas para un estudio científico de la toponimia quechua”. *San Marcos*. 17, 189-211.

1987 *Lingüística quechua*. Cuzco: Centro de Estudios Regionales Andinos Bartolomé de las Casas.

2000 *Lingüística aimara*. Cuzco: Centro de Estudios Regionales Andinos Bartolomé de Las Casas.

FLORES ESPINOZA, Javier y Rafael VARÓN GABAI (eds.)

2002 *El hombre y los Andes: homenaje a Franklin Pease G. Y.* Vol. I. Lima: PUCP.

MOLINER, María

2007 *Diccionario de Uso del Español*. Tercera edición. Madrid: Gredos.

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA (RAE)

2001 *Diccionario de la Lengua Española*. Vigésima segunda edición. Madrid: Espasa-Calpe.

SOUKUP, Jaroslav

1970 *Vocabulario de los nombres vulgares de la flora peruana*. Lima: Colegio Salesiano.